

entrevista

Leonardo Muro Vergara

El sacristán de la Virgen de Oro



En esta ocasión nos acercamos al municipio de Zuia, en busca de un hombre afable, trabajador, cazador, ante todo, muy cazador, y entregado, con servicio y devoción, a Nuestra Señora de Oro y a los ancianos y enfermos del municipio. A sus 81 años, Leonardo Muro Vergara —“Leo” para los más allegados— es toda una institución en el municipio de Zuia y en la Sociedad Zuia Sport, y conoce como nadie las intrincadas laderas y cumbres del Macizo del Gorbea y alrededores.

Leo, vaya por delante que da gusto conversar con una persona tan afable y acogedora como tú. Para quienes te conocemos no es ningún secreto la pasión que sientes por la naturaleza, pero ¿de dónde te viene esa afición por el monte y por la caza?

Aunque en mi casa no se cazaba, el campo ha formado parte de mi vida desde mi infancia. De chaval, en cuanto tuve edad para tener el permiso de trabajo, arreglé los papeles para sacar el de armas y la licencia, todo a la vez. Antes se empezaba a trabajar desde muy pequeño, estabas todo el día en el campo y por la noche todavía tenías que ir a la escuela. Así que los domingos, después de ir a misa de 6 de la mañana a Domaikia, nos íbamos a cazar al monte con la cuadrilla de amigos. En la caza menor la especie más cotizada era la liebre y en caza mayor el jabalí. A diferencia de lo que sucede ahora, antes había que “patear” mucho el monte para encontrar algún jabalí. Normalmente nos juntábamos una cuadrilla de 6 ó 7 personas y 6 perros y, con esos medios y mucha afición, conseguíamos hacer labor. A veces, si no había jabalíes por aquí, nos íbamos hasta la Sierra de Badaya, y si capturábamos alguno lo traíamos al hombro, colgado de un palo, hasta Murgia. Eso sí que era sacrificio. Con suerte, como teníamos un vecino que trabajaba de caminero en Villodas, nos dejaba un burro para cargar las piezas, y nos traía el jabalí hasta medio camino, luego el burro volvía sólo hasta Villodas —lo tenía bien enseñado—, y nosotros a casa con el jabalí al hombro.

Ahora, desde la perspectiva que da el tiempo, y por lo que cuentas, se ve que la tuya ha sido una vida dura. Aun así has sacado tiempo para la dedicación a los demás y para compartir con la cuadrilla de caza momentos inolvidables. ¿Cómo eran esos tiempos? ¿Cómo surgió una sociedad como Zuia Sport, impulsora de tantas actividades en el municipio?

En la vida a uno le toca hacer de todo, desde monaguillo en el Santuario de Oro —ahora soy cofrade— hasta pastor de cerdos, cuando en el Gorbea había

más de 600 de estos animales aprovechando los pastos. ¡Así sí que se conoce el monte! Siempre me ha gustado ir con mis perros, de hecho he sido de los pocos por esta zona que ha tenido Azules de Gascuña. En nuestras cacerías yo era el encargado de prospectar el monte mientras los compañeros guardaban en los pasos.

Esta zona de Zuia siempre ha sido una zona de veraneo de gentes de Bilbao, normalmente personas acomodadas, con tiempo y recursos para poder salir a cazar y a practicar todo tipo de deportes. Así nació la Sociedad Zuia Sport, hace ya más de 40 años, inicialmente como un club de fútbol, al que se le fueron incorporando otras actividades como la caza, siendo la precursora de la constitución de los cotos actuales de Zuia y Gorbea, y de la cual me enorgullezco de ser socio honorífico.

Después de tantos años participando activamente en la Sociedad, supongo que es un justo merecimiento. La Sociedad Zuia Sport ha hecho cosas tan relevantes como impulsar la introducción de los ciervos en el Gorbea. ¿Qué cambio supuso esto para los cazadores del municipio?

Como antes comentaba, el hecho de que en Murgia tuvieran casa gente muy influyente y con grandes iniciativas, propició que a mediados de los años 60, se trajeran unos ciervos de Toledo, intentado recuperar una especie que antaño estuvo presente en el macizo del Gorbea. La verdad es que en poco tiempo la población se desarrolló notablemente y se cazaron muy buenos trofeos. Pero claro, esto también atrajo a numerosos furtivos -incluso alguno perteneciente a nuestra propia Sociedad- y aparecieron los daños en pastizales y repoblaciones forestales, problemas que hoy en día siguen estando ahí y le cuestan a la Sociedad no pocos disgustos.

En tan larga trayectoria venatoria, seguro que tienes un montón de historias curiosas que compartir con todos nuestros lectores.

Historias hay muchas, algunas divertidas y otras, hasta peligrosas. Ahora mismo recuerdo una en la que, francamente, lo pasé bastante mal. El caso es que los jabalíes estaban haciendo bastante daño en un pastizal que había enfrente del Convento de Murgia, y una mañana nos juntamos cuatro de la cuadrilla, cogimos los perros y nos fuimos para allá, ya que un pastor nos había dicho donde se encamaba un jabalí enorme. Situé a los compañeros en la parte alta de la ladera, por donde yo creía que iba a salir el jabalí huyendo, y yo entré por abajo. Enseguida escuché un tiro y deduje que el bicho habría ido a morir a unas charcas que había junto al pastizal, ya que lo vi correr en esa dirección. Entré con el perro y allí estaba, un animal grande y



precioso, con unas navajas imponentes. Mientras lo estaba observando, de repente, arrancó hacia mí con muy malas intenciones. Así que, con tranquilidad, encaré la escopeta y apreté el gatillo, pero aquel tiro no salió. El jabalí arremetió contra mí y, como también falló el segundo cartucho, tuve que pararlo metiéndole el cañón de la escopeta en la boca, hasta la garganta, para que no me mordiera, mientras mi perro lo agarraba por detrás. En ese forcejeo, el animal, de improviso, desistió y se volvió a meter en la charca. Pero como el perro seguía acosándolo de nuevo quiso vengar su rabia conmigo, y salió corriendo hacia donde yo estaba, volví a dispararle y nada. Como el encontronazo era irremediable —me había traído una escopeta estropeada—, cuando ya lo tenía encima tuve que sujetarlo por las orejas, intentando mantenerle a distancia para que no me mordiera. Así, el perro mordiéndole, el jabalí intentado engancharme y yo sujetándole de

las orejas, estuvimos un rato que a mí se me hizo eterno. ¡Fue de los peores momentos de mi vida! Con el ruido que se organizó bajó uno de los compañeros, pero para entonces el animal ya había dejado de forcejear y, viendo que no podía conmigo, se volvió a la charca, donde lo remató con su escopeta. Todo quedó en un susto, pero ¡Vaya susto!

La verdad es que es impresionante el número de vivencias que uno puede acumular en su vida. El paso de los años tiene la ventaja de darte perspectiva para analizar los cambios que han sucedido en las cosas. ¿Cómo ves la caza hoy en día respecto de la que practicabais hace unas décadas?

Desde luego ahora hay más caza que antes, y me refiero sobre todo al jabalí, porque el ciervo, por lo menos aquí en Zuia, lo tenemos bastante controlado, y esto en principio debería animar más a la gente a ir de cacería. A pesar de todo hay una considerable falta de jóvenes en las cuadrillas. Pienso que ahora la juventud tiene inquietudes diferentes, más urbanas y distantes del mundo de la caza. Además yo también noto que se está perdiendo ese compañerismo que antes había entre los cazadores. Todos éramos amigos, en la caza y fuera de ella, y todos trabajábamos por y para la cuadrilla. Ahora se cambia constantemente de coto y de grupo y, además, la gente caza para sí misma, aunque vayan muchos juntos de batida. Yo, por mi edad, ya poco puedo subir al monte, y mucho menos ir con los perros, que es lo que siempre me ha gustado, pero aun participo en el reparto de raciones de los animales que capturamos y ayudo a los biólogos a tomar las medidas de los bichos. Pero me da la sensación de que ese compañerismo se está perdiendo, y eso es lo que tenemos que intentar recuperar. ■